

NARRATIVA

"¡Soy yo, abuelita! Soy tu nieta".



Para comerte mejor

52

GERARDO SEGURA





Para comerte mejor” dijo él y se irguió sobre su parrilla costal, mientras ella abría los ojos con la desmesura del bosque donde no debía perderse, abandonando el camino recto, pero que, sin embargo, desoyó a su madre quien le entregaba la canasta con panecillo, un tarro de miel y frutas secas. No habían transcurrido más de unas cuantas horas desde el amanecer y ella aun conservaba fresca la tibieza del lecho, la voz de su madre, que como rumor de hojas secas al ritmo de la brisa, le encomendaba la sencilla, y a la vez tan grave tarea de llevar la canasta con frutos, miel y pancillos a la abuela hasta su choza bosque adentro, a donde arribó ya entrada mediodía, sin más susto que el de toparse con el lobo en la senda corta, a la que llegó por desoír a su madre cuando le entregó la canasta para la abuela. “¡Abuela, soy yo!” gritó ella en los linderos de la choza. ¡“Abuela”!, y más aún, desde que percibió en el aire puro del bosque los jirones acres del miedo deshonrando, el perfume de la fronda, la menta fresca, la hierbabuena aún bañada por le rocío del alba. “¡Abuelita!” gritó esa mediodía, contenta de haberle ganado al lobo que, a mitad de la senda corta le dio un poco de charla, apenas la necesaria para confirmar, ella, que las advertencias maternas apelaban a fundamentos reales; él, a dónde se dirigía ella y quién la esperaba en el bosque profundo. “¡Soy yo, abuelita! Soy tu nieta”, gritó horas atrás sujetando con fiereza la canasta para que no se la cogiera el lobo; mal protegida bajo la caperuza desgarrada por las ortigas y los abrojos de la senda corta, hasta entonces por ella desconocida. “¡Ya llegué, abuelita. No te apures por el lobo”!, repitió a cada paso que la acercaba al crepitar del fuego abrasador del hogar, a cuyo calor el lobo se arropaba con el camisón de la abuela y el gorro de dormir, lleno de pesadez por el vientre repleto y aun con hambre en la boca, por la que salieron las primeras palabras en un falsete bestial pronunciado al escuchar el aldabón sobre la puerta, “Pasa, está quitado el cerrojo” que traspasó la hoja de madera y tocó a la niña con la voz pedregosa con que le dio charla una hora antes, antes de meterse a la cama de la abuela cubierto el cuerpo con los ropajes convenientes; relleno el vientre con la vieja que ahora él se obstinaba en suplantar de un modo creíble, aunque a ella, apenas transpuesto el umbral, le pareciera extraña la luz que de esos ojos salía, radiante y turbia, y que la hizo preguntar “¿Por qué tienes esos ojos tan grandes”?, sin que a él se le escaparan las ansias de brincar sobre la niña, sino que con calma turbulenta permaneció en la cama, semi cubiertas las orejas por el gorro, a pesar de lo cual la niña preguntó que para qué tan puntiagudas, y que para qué tan fuertes los brazos, y para qué tan grande la nariz, consiguiendo con cada pregunta que a él se le tesaran los nervios, se le templaran los músculos, se le afilaran las garras, y sin embargo, conservó una paz atenazada, en pos de invitar a la niña a despojarse de la ropa y meterse al lecho y tenerla así cerca para el momento final de asestarle una tarascada en el cuello y degollarla, y otra en el vientre y desangrarla, y una tercera y una cuarta en cada pierna y empezar a engullirla en el momento en que ella, desobediente, niña, estúpidamente ingenua preguntara antes del chillido final: “¿Para qué tienes esa boca tan grande”